

# A C T I T U D E S

## T R E S P O E M A S

Por LUIS FELIPE ARREGUI LUCEA

### *Yo, vagabundo*

*i Yo, vagabundo!*

¡Qué vocablo nuevo  
para mi eterno caminar sin rumbo,  
en viejas singladuras de marino  
cansado ya de dársenas y puertos!

El tiempo me resbala entre los dedos  
como el agua en las guijas del arroyo;  
intento aprisionarla; cierro el puño:  
sólo clavo las uñas en mi palma,  
esta palma que un día acariciara  
el suave terciopelo de tu carne  
—¡oh mujer ideal de mis insomnios!—,  
y hoy, rugosa, senil, tan sólo acierta  
a tantear la piedra que cobija  
con su arco de audacias mi descanso;  
un descanso que turba con sus rayos  
la misma luna que Beethoven supo  
aprisionar en fusas, en corcheas.

*Sí, sí; Pichurro. No me juzgues sólo  
por mi chaqueta desgarrada, rota;*

por mis zapatos que se cuentan chistes  
 y rien con estúpida sonrisa  
 intentando morder tu rabo enbiesto  
 cuando marchas, audaz, por el camino.  
 No me juzgues tampoco por el ansia  
 con que disputo el pan a tus colmillos  
 ni por la luz de envidia que se enciende  
 en mi pupila, al ver ese penacho  
 con que suele adornarse al mediodía  
 la roja chimenea de las casas...

¡Hubo un tiempo en que yo supe entender  
 el íntimo lenguaje de la música;  
 y vestí de etiqueta; y fui muy rico;  
 y gocé los placeres de la mesa!

Pero más tarde —¿sabes?— fui poeta.  
 ¿Te das cuenta, Picburro, lo que ello  
 significa en el mundo de los hombres?  
 Hay una luz de todos y de nadie  
 que sólo tú aciertas a advertir  
 enredada en los árboles, al alba.  
 Y querrias que el mundo no cerrara  
 sus ventanas de sueño a ese conjuro  
 que el clavel y la rosa han aprendido.  
 ¡Pero el hombre se acuesta tan cansado  
 de su propio egoísmo insatisfecho,  
 que sólo atiende la llamada ronca  
 del viejo Cronos y el café con leche  
 que hierve en el camino a la oficina!

Y dicen luego que eres un demente;  
 que tu sitio no está en la multitud,  
 ni en los cines que gritan sus colores  
 a la fachada azul del firmamento,  
 ni en el rincón tranquilo de tu cuarto,  
 sino fuera, en el campo, sobre el césped,  
 en la arena caliente, o en la piedra  
 del antiguo torrente desecado...

*Te arrojan de su lado, con la ira  
del que proyecta la moneda falsa  
hacia el disco del sol, que nada sabe  
de divisas, de dólares, de libras.*

*¡Y sólo entonces eres libre! ¡Libre!*

*Los muros de tu celda son los montes  
—ciclópeo bastión de un nuevo Olimpo,  
cobijo ya de dioses y poetas—,  
y el techo busca en las estrellas verdes  
la rútila esperanza de su trazo;  
y el suelo es la pradera rumorosa  
ignorante de asfaltos y cementos  
que ahogan y desgarran a la tierra  
con su abrazo y su cuña—flor de hierro—.  
Una celda sin puertas ni ventanas  
para espiar el trozo de esa nube  
que las novelas copian, unas de otras,  
sin agotar jamás su gris estela,  
porque todo es contacto con el árbol  
y la hierba, y la flor, y el arbustillo,  
y el espino que araña y acaricia  
mi cabeza en el sueño incandescente...*

## *Amanecer en la ciudad*

*Os quiero confesar que nunca he visto  
el reflejo del sol, en las ventanas,  
cuando amanece el alba en mi ciudad.*

*Habladme del ludir de los tranvías  
sobre el carril incierto de la noche,  
colgado de los hilos de una turbia  
acorde sinfonía de murciélagos;  
habladme del tumulto incandescente  
de anuncios luminosos, o de focos  
de situación en pájaros de acero;  
si queréis, hasta entiendo, sin palabras,  
el sutil comadreo de los tilos  
cuando ven, con envidia, a las acacias  
regadas por el dardo opalescente  
del viejo barrendero somnoliento...*

*Pero no me habléis, va a ser inútil,  
de cómo despierta la ciudad.*

*Y, sin embargo,  
quiero contaros lo que pienso  
cuando sueño—¿pienso entonces?—con un sol  
intacto todavía a nuestro roce.*

*La luz es como el viejo consomé  
servido en cien banquetes de homenaje  
que vuelve a la cocina, sin saber  
por qué lo despreciaron, con sonrisas,  
ochenta smokings devorados por la gula.*

*El último sereno va limpiando  
con su Chuzo, del ojo de la noche,*

las telarañas que fingen un encaje  
sobre el ocre de un cirro, ya rosado.

La quijada del cielo se distiende  
en un disforme bostezo perezoso  
mientras lleva a su boca, muy correcto,  
el abusado palillo de un ciprés.  
¡Buen provecho, señor, a tu pitanza!

(El cielo guiña un ojo, picaresco,  
relamiéndose del gusto de la noche).

Huelo ya la tinta de una imprenta  
brotando por la trampa que desciende  
al indolente antro del periódico.  
¿Es más rápido, acaso, nuestro olfato  
que el telúrico sentido de la vista?  
Cuando lea hoy los titulares  
anunciando una guerra o un concierto,  
me sabrán a noticia ya pasada,  
cual si hubieran firmado el armisticio  
o fuera conocido ya, del público,  
el desliz del fagot en un bemol.

Una escoba de ramas va empujando  
la gasa de mi sueño, por el lodo  
que mancha mis zapatos blanquirrojos.

El primer tranvía reestrena,  
con tumulto de cine de barriada,  
el eterno camino inalterable  
de su trayecto único a dos reales.

Y se oye a veces el crujir incierto  
de un cántaro de leche, rebotando  
en la calleja del barrio, que ya copia  
la verde cercanía de los árboles,  
mientras ensaya un guardia su silueta  
en el curvo parabrisas de un Citroën.

## Ofrenda

*Postrada humildemente en tu presencia,  
rendido el corazón, que a Ti se entrega,  
hasta tus plantas amorosas llega  
mi alma a consagrarte su existencia.*

*Me doy cuenta, Señor, de lo pequeña  
que es mi ofrenda, mas dadme la medida  
de vuestro pecho abierto, y de su herida  
cayendo gota a gota hasta la peña*

*de mi cuerpo la sangre, en un momento  
la flor apasionada de mi celo  
brotará y, encendida en vuestro anhelo,  
acaso llegue al alto firmamento.*

*Conocéis ya, Señor, mi pobre historia;  
una más entre mil. Absorta estaba  
en el mundo falaz, que me mostraba  
el brillante espejuelo de su gloria.*

*Mas advertía en mí como un vacío  
que con nada podía hacer fecundo;  
estaba, sin estar, en este mundo  
mi pobre alma, trémula de frío.*

*Un momento creí que mi dolencia  
tendría aquí, en la tierra, su consuelo...  
Con su mudo lenguaje, desde el cielo  
las estrellas dictaron la sentencia.*

*En su arcano invisible adivinaba  
la existencia de un Dios, todo bondad;*

la llama de tu ardiente caridad  
con voz incontenible me llamaba.

Y por eso, doblada mi cabeza  
en rendido ademán, os hago ofrenda  
de mi vida, que sigue ya la senda  
marcada por tu amor y tu pureza.

Renuncio, mi Jesús, a ese mundo  
que es pecado inconsciente, turbia vena  
de pasión y maldades, pobre arena  
de un desierto mortal e infecundo.

Renuncio a Lucifer y a sus promesas,  
a su soberbia torpe, loco anhelo  
que pretende apagar, con su desvelo,  
de vuestro Amor la llama en mil pavesas.

Renuncio a los halagos seductores  
de la carne que muestra sus bellezas;  
renuncio a los placeres, las riquezas;  
sólo quiero gustar vuestros dolores.

Quiero ser flor que, humilde y olorosa,  
adorne vuestro altar y vuestra gloria;  
ser el día final de la victoria  
guirnalda en vuestra frente poderosa.

Ser trompeta que al viento le confíe  
el mensaje amoroso de tu pecho;  
el anhelo que tienes de ser lecho  
para el hombre que sufre y el que ríe.

Ser hoguera vibrante, consumida  
en vuestro dulce Amor, de tal manera  
que al morir de mis llamas la postrera  
encuentre por la muerte nueva vida.

*Quiero ser nube, en fin, que sólo espera  
en llanto deshacerse, en penitencia;  
consagrarte, Señor, mi existencia,  
siendo nube, trompeta, flor y hoguera.*

*Y al final de mi vida, sólo anbelo  
entregaros mi último suspiro  
y ballar feliz, tras ese azul que miro,  
la patria inmortal y, en Vos, mi cielo.*

